



GLOSAS MUY CURIOSAS

para contar los galanes á su queridas damas.

TROBO I.

Ten lástima, dueño mio,
de aqueste tu fino amante:
cesen, cesen tus desdenes,
no infeliz su vida acabe.

No con ceño tan impío,
ni con tan fiero rigor,
me trate así tu desvío:
de mis penas y dolor
ten lástima, dueño mio.

A un afecto tan constante
no te muestres desdeñosa:
de rigor haya bastante;
premia la fé cariñosa
de aqueste tu fino amante.

Mi corazon en reenes
sujeto está á una cadena:
pues prisionero le tienes,
alivia, alivia su pena,
cesen, cesen tus desdenes.

Ya que en deidades no cabe

tiranía ni crueldad,
lo que tu beldad bien sabe:
ten de este triste piedad,
no infeliz su vida acabe.

II.

Señora, tú eres el juez,
y yo soy el delincuente:
acaba de sentenciarme,
si soy de vida ó de muerte.

Todo mi delito es
el estar de tí prendado:
postrado estoy á tus pies,
si he de ser residenciado,
señora, tú eres el juez.

Mi corazon, aunque siente
mil penas con tu desvío,
de amarte no se arrepiente:
suyo es todo su desvarío,
y yo soy el delincuente.

Y pues tú has de declarar

la causa definitiva,
por si muerte me has de dar,
ó concedes de que viva,
acaba de sentenciar.

Culpa fuera no quererte
en quien te llegase á ver;
esto baste á convencerte;
di pues ya tu parecer,
si soy de vida ó de muerte.

III.

*Una noche entre otras muchas
tu mano á la mia asida,
me dijiste suspirando:
quien bien quiere, tarde olvida.*

Hoy que mis ansias escuchas,
te quiero decir de mí,
que con fatigas y luchas
me desvelaba por tí
una noche entre otras muchas.

Vive el alma divertida,
solo con tener presente,
que cuando me diste vida,
estaba muy tiernamente
tu mano á la mia asida.

En ocasiones hablando,
por fineza me decias:
en tí estoy idolatrando;
y que no me olvidarias,
me dijiste suspirando.

Dulce dueño de mi vida,
jamás yo te olvidaré:
y así no estés afligida,
que el adagio dice, que
quien bien quiere, tarde olvida.

IV.

*No me dió tu amarga ausencia
lecciones para el olvido:
antes mi amor ha crecido
en su misma subsistencia.*

Te fuistes de mi presencia,
y yo empecé á padecer:

bien se probó mi paciencia;
que un solo corto placer
no me dió tu amarga ausencia.

De tu memoria asistido,
alivio tendrá mi mal:
mi amor será tan sufrido,
que halles en lo leal
lecciones para el olvido.

Aunque ausente he carecido
del gusto de ver tu cielo,
en mí no cabe descuido,
no tengas, mi bien, recelo,
antes mi amor ha crecido.

Como para mí es la ausencia
el mas agudo dolor,
temo su fatal dolencia;
mas siempre hallarás mi amor
en su misma subsistencia.

V.

*Permita el cielo divino,
si yo te usare cautela,
que me vuelva piedra mármol,
ó que me trague la tierra.*

Si á otro objeto peregrino
el afecto le rindiera,
que á tí te ofrezco tan fino,
que me destruya una fiera,
permita el cielo divino.

Si tu corazon recela
ser fingido mi desvelo,
deje ya de estar en vela,
pues me confundiera el cielo,
si yo te usare cautela.

Si te mintiera yo en algo
de lo que tengo ofrecido,
que arda como seco árbol,
y entre penas sumergido,
que me vuelva piedra mármol.

Cualquier recelo destierra,
y en esto el discurso funda;
si en tí mi amor no se encierra

que el ancho mar me confunda,
que me trague la tierra.

VI.

Qué es lo que pasa por mí,
altos y divinos cielos!
el querer una beldad
me cuesta tantos desvelos.

Desde que te conocí,
te he mostrado fino amor:
no te has portado tú así,
y no sé, al ver tu rigor,
que es lo que pasa por mí.

Difíciles los consuelos
encuentra mi corazón,
anegado entre desvelos:
qué haré en tan grande aficción,
altos y divinos cielos!

No admite dificultad
el que yo viva afligido:
pues es tal mi voluntad,
que le cuesta ya el sentido
el querer una beldad.

Cómo puede ser (ay cielos!)
que viva yo de esta suerte!
no hay fin en mis desconsuelos,
pues el temor de perderte
me cuesta tantos desvelos.

VII.

Qué importa, ahora me quieras,
y me guardes lealtad?
si otro que contigo manda,
te quita la voluntad.

Te idolatro tan de veras,
que no es fácil de explicar:
ni tú creerlo pudieras,
mas si luego has de olvidar,
qué importa, ahora me quieras.

Al logro de tu beldad
irán mis solicitudes:
ruégote, hermosa deidad,
cesen tus ingratitudes,

y me guardes lealtad?

Mi mas sabrosa vianda
es el verte con contento:
mas tu rigor no se ablanda;
y nada me dá tormento,
si otro que contigo manda.

Dime con toda verdad,
si serás siempre constante,
que en mí no habrá novedad:
ó dime si es que otro amante
te quita la voluntad.

VIII.

Se dará mayor pesar!
podrá haber mayor tormento!
que es querer y no gozar
lo que hay en el pensamiento?

El que llega á idolatrar,
y le tratan con desprecio,
si prosigue en adorar,
y ve no hacen de él aprecio,
se dará mayor pesar!

Si amando fino y atento,
ve á su dama desdeñosa,
habrá dolor mas cruento!
pena habrá mas rigurosa!
podrá haber mayor tormento!

Quiero, y no puedo lograr
el gozo de ser amado:
gimo y lloro sin cesar:
hay mas riguroso estado,
que es querer y no gozar.

Por si alivio así el tormento,
que el alma aflige y maltrata,
tengo el ánimo é intento
de declarar á mi ingrata
lo que hay en el pensamiento?

IX.

Todo mi fin es quererte,
hasta que la parca fiera
ponga mi cuerpo en prisiones
en el centro de la tierra.

Hasta que la fiera muerte
por el ordinario estilo
me prive, mi bien, de verte,
cortando á mi vida el hilo,
todo mi fin es quererte.

Te idolatro de manera,
que me atrevo á asegurar,
que aunque el mundo se opusiera,
de intencion no he de mudar,
hasta que la parca fiera.

Verás que mil intenciones
de constancia dan ejemplo:
y te ofreceré oblaciones,
hasta que el curso del tiempo,
ponga mi cuerpo en prisiones.

Aunque imposible te viera,
no dejára de quererte,
y aunque el mar sumergiera,
fino te amára, sin verte,
en el centro de la tierra.

X.

*Tu ausencia me da pesar:
dejar de hablarte, es morir;
estar sin verte, es penar;
vivir sin tí, no es vivir.*

Cuando llego á imaginar,
que estoy, mi bien, de tí ausente,
temo que me has de olvidar;
y en pensarlo solamente,
tu ausencia me dá pesar.

Como el dolor que hay en mí
le acrecienta tu memoria,
no puedo hallarme sin tí:
y siendo el hablarte gloria,
dejar de hablarte es morir.

Mi tormento y mi penar
se aumenta con no mirarte:
y así debes contemplar,
que si dolor fué el dejarte,
estar sin verte es penar.

No me puedo persuadir,
cómo en vida tan penosa
que vivo, pueda decir;
y si el alma en tí reposa,
vivir sin tí, no es vivir.

XI.

*En llanto tierno anegado,
soy infeliz prisionero,
rendido al dolor mas fiero,
de duros hierros cargado.*

De todo alivio privado,
arrastró con grande pena,
en tinieblas sepultado,
de amor la dura cadena,
en llanto tengo anegado.

Aquí triste vivo y muero
en el seno tenebroso:
y con dolor el mas fiero,
sin saber lo que es reposo,
soy infeliz prisionero.

Ya mi muerte considero
en esta cárcel oscura:
pues en rigor tan severo
lamento mi desventura,
rendido al dolor mas fiero.

Abatido, despreciado,
lloroso, triste, afligido,
de la libertad privado,
aquí me veo oprimido,
de duros hierros cargado.

FIN.

Valencia: Por la hija de Agustin Laborda, en la Bolseria, núm. 181.
en donde se hallará. Año 1822.